

Á COLÓN

Descubridor de un mundo y adivino,  
¡ Quién á mi pobre lira cuerdas nuevas  
Añadiera, ó del lírico de Tebas (\*)  
Diera á mis manos el laud divino,  
Ó de aquél por quien osa  
La palma á Tebas disputar Venosa ; (\*\*)  
Para poder con arte  
Digno de tu grandeza celebrarte !  
Que á igualarla tan sólo alcanzaria  
De aquel divino par el alto metro  
Á quien corona y cetro  
Dió del lírico canto Poesía :  
Mas, aunque remontarse no presumen  
De tu grandeza al tan remoto cielo  
Las cortas alas de mi infante numen,

(\*) Pindaro nacido en Tebas.

(\*\*) Horacio nacido en Venosa.

En entusiasmo tanto,  
Y sed de celebrarte y vivo anhelo  
Tu rara excelsitud mi pecho inflama,  
Que me fuerza á juntar mi humilde canto  
Con el sonoro aplauso de tu fama.

Yo que hijo soy del mundo descubierto  
Por tu divino acierto,  
Yo que nunca sin ti de la honda nada  
Salido hubiera de la vida al puerto,  
Mi agradecida voz es bien que añada  
Á tan glorioso unánime concierto.  
Mi amor mi audacia excusa ;  
No la ofrenda desdeñes de mi musa,  
Ni su débil ensayo,  
Que si, siempre más diestro,  
Cuanto más las crecientes alas usa  
Á más altura se remonta el Estro,  
Hasta que al ave que administra el rayo  
De Júpiter airado desafía ;  
La fuerza uniendo un día  
Y en el difícil arte la destreza  
Á su instintiva ingénita osadia,  
Podrá mi ingenio, á grandes vuelos hecho,  
Menos indigno canto dedicarte  
Y dilatar así por toda parte  
No tu nombre á que el mundo viene estrecho,  
Sino el de tu cantor, hoy en olvido  
Y obscuridad odiosa sumergido.

Mas no será el ingenio humilde mío  
El que igualando tan sublime tema,  
Entre los hijos de Caliope y Clío  
Logre la palma merecer suprema,  
Á más dichoso vate reservada  
Que á ti consagre el épico poema  
Que ha de vencer á la divina Iliada.

¿ Quién, entre los varones inmortales,  
Que, desde que girando está la rueda  
De los siglos veloces  
Celebran de la tierra los anales  
Y de la Fama las canoras voces,  
Hay que tantas y tales  
Glorias en sí reuna,  
Que competir contigo osado pueda,  
Oh solo á quien no falta gloria alguna ?  
Que Dios en ti, de su creación contento,  
Juntó adivinador entendimiento,  
Constancia vencedora de fortuna,  
Valor de que se espanta el Valor mismo  
Y que halla en el peligro su elemento,  
Irresistible mágica elocuencia,  
Fé de santo y piedad, de rey clemencia...  
Mas ¿ dónde sin consejo así me abismo ?  
¿ Ni quién sintió jamás vanos antojos  
De contarle á la mar toda su arena,  
Ó todos sus hermosos claros ojos  
Á la noche de estío más serena ?  
Pues no los soberanos  
Dones que te dió el cielo fueran menos,

Que humedece la mar minimos granos  
Ó que abre estiva noche ojos serenos.  
Y, si en mil y mil héroes te divides,  
Uno grande en constancia, en mente vasta  
Otro, en empresas éste, aquél en lides,  
Cada cual de ellos basta  
Á ser de los más claros y mayores  
Que cantan de la fama los loores ;  
¿ Qué Teseo ante ti ? ¿ qué ante ti Alcides ?  
¿ Ó el que, en busca del áureo vellocino,  
Por peligrosos campos de Neptuno,  
Nunca sulcados antes de otro alguno,  
Más avaro que audaz, se abrió camino ?  
¿ Qué en fin cuantos endiosa  
Remota antigüedad y mentirosa ?  
Exceden tus hazañas verdaderas  
Sus mentidas fantásticas hazañas,  
Que, ni con sus extrañas  
Ficciones lisonjeras,  
Pudo jamás la fábula ingeniosa  
Ser una profecía  
De lo que en ti la tierra admiraría.  
Y, como en lo pasado  
Buscar es vano á tu virtud modelo,  
Ni hasta hoy en héroe alguno tu traslado,  
Desde que fuiste, ha contemplado el suelo,  
Vaticinar no tema  
Mi profético canto que no guarda  
El anchuroso obscuro  
Seno de lo futuro,  
Ni la posteridad verá más tarda  
Quien la palma suprema

Ose jamás demente disputarte,  
Y á ti no sea lo que al todo parte.

Á la capacidad viniendo estrecho  
De tu ambicioso pecho  
El mundo conocido hasta tus días:  
« ¿ Será que del terrestre  
Planeta, así dirías,  
De los humanos natural morada,  
El horrendo océano inhabitable,  
Sin que isla alguna en él la frente muestre,  
La contraria mitad entera invada?  
No, ser no puede; sueña  
Quien la tierra imagina tan pequeña  
Cual su breve traslado nos la copia.  
Inmenso misterioso continente  
Guarda la mar de Atlante prisionero,  
Y su ser que de lejos ve mi mente,  
Con mi presencia, con mi vista propia,  
De cerca osado confirmar espero:  
De la suerte la envidia no lo estorbe,  
Y seré yo el primero  
Que dé la vuelta, como el sol, al orbe;  
Salvando las fantásticas señales  
Que de océano incógnito el misterio  
Y la ruin poquedad de los mortales  
Á la tierra pusieron abreviada,  
Contrapuesto hemisferio  
Apartado dejando en cautiverio,  
Y sumergido en una nueva nada. »

Tu república patria preferida,  
Venecia rica y en el mar potente,  
Y lusitano, anglo y francés monarcas,  
De quienes quiso coronar la frente  
Tu mano ó liberal ó agradecida  
Con el laurel de innúmeras comarcas,  
Desecharon tu espléndido presente;  
Y de su torpe escarnio fiel al uso  
Que á cada audaz sublime  
Hallador de lo nuevo siempre opuso,  
Sin que al predestinado desanime,  
Nombre el mundo te dió de ciego iluso.  
¡ Cuánta entonces tu angustia considero  
Con el recelo fiero  
De no encontrar acaso,  
Quien el socorro te prestara escaso,  
Y de que hundiera la profunda huesa  
Junto contigo tu divina empresa!

Mas de tanto contraste  
Que te opuso la saña  
De la suerte, envidiosa de tu hazaña,  
Nunca vencer tu corazón dejaste,  
Y al fin á la dichosa  
Presencia de magnánima princesa,  
Que levantarse á comprenderte pudo,  
Te guió la amistad; fé generosa  
Dió á tu extraña magnífica promesa,  
Y, uniendo en fuerte nudo  
Su gloria con la tuya,  
Nunca será que el tiempo la destruya.

Y á vista de la turba que asombrada  
De tan nueva jornada,  
Las vastas playas llena,  
Á romper de los mares el arcano  
Al fin de Iberia sales :  
¡ De cuánta heroica escena  
No fué entonces testigo el océano !  
¡ Jamás las presencié la tierra iguales !  
¿ Con qué ánimo lograste tan sereno  
Poner rápido freno  
Al espantable injusto  
Motín de la feroz marinería  
Que, poseída de un extraño susto,  
Y juntamente de sangrienta saña,  
Con voces de amenaza te pedía  
La rauda prora convertir á España ?  
¿ Rayos brotaba tu semblante augusto ?  
¿ Algún numen hablaba por tu boca,  
Que así domaste el corazón de roca  
De aquel bando en tu muerte conjurado ?  
Cuando al Señor enviabas solitaria  
Fervorosa plegaria,  
¿ Los soberanos cielos  
Dejaba por tu lado  
Alado mensajero de Dios pio,  
Para traerte fuerzas y consuelos ?  
Al mirar siempre en torno cielo y onda,  
Y que era siempre el centro tu navío  
De la ancha mar redonda ;  
Cual si nunca jamás el centro frío,  
Según lo recelaba tu escuadrilla,  
Hubiese de ofrecer á tu carrera

El dulce fin, apetecido en vano,  
La lisonjera fabulosa orilla ;  
Como si nunca de acabar hubiera,  
Ó solamente donde el orbe acaba  
Aquel trémulo llano :  
¿ Cómo, dime, ¡ oh Colón, ! no te arredraba  
Tanto peligro, tanto horror que á tantas  
Almas amedrentaba, aunque españolas,  
Y por do apenas aun la misma Musa  
Osa seguirte con pavor confusa ?  
Viendo que tan seguro te adelantas  
Por medio aquellas misteriosas olas,  
¿ Quién no dirá, postrándose á tus plantas,  
Que privilegio celestial consiente  
Que á tus pupilas solas  
América remota esté patente ?  
¿ Ó que no es para ti ya extraña y nueva,  
Y que por vez primera no te lleva  
Á su apartada playa  
Tu presurosa nave,  
Que la ancha senda que sulcó ya sabe,  
Y va segura hacia do el sol desmaya ?

¿ Mas no temes que sea  
Hija de engaño tu atrevida idea ?  
¿ Ni un instante la duda  
Asalta la constancia que te escuda ?  
Piensa en el justo escarnio que te espera  
En la hispana ribera,  
Si no es extraño pensamiento cierto ;  
Dado que al fin á puerto

Tu nave frágil á llegar acierte,  
Y huyas la horrenda misteriosa muerte  
Que guarda á ser terreno  
Del océano el extranjero seno...  
Mas mis voces desoyes, y adelante  
Tu leve carabela,  
Que á tu impaciencia perezosa vuela,  
Diriges impertérrito y constante.

Y, aunque en tan nuevo viaje y peligroso  
Sido hubiera tu guía  
Ciego error de tu ilusa fantasía,  
Y aunque hasta aquel instante  
De América gigante  
Desierto hubiera estado el océano,  
Porque tanto valor no fuese vano  
Y constancia tan rara,  
El brazo omnipotente  
Por ti solo creara  
El mundo que llevabas en tu mente.

Llegó por fin la suspirada hora ;  
Y, al clarear de la rosada aurora  
Los primeros albores,  
Á tu absorta mirada,  
Vestida de espesísimos verdores,  
Se presentó la tierra deseada,  
Que la noche sombría  
Ocultaba entre sus velos mantenía ;  
Y no alterada aun por los humanos,  
Antigua añosa infante,  
El primero enseñó bello semblante  
Con que salió de las divinas manos.

Como Dios en el día del reposo,  
El infante universo contemplando,  
Que tan vario y hermoso  
Dejaba el centro obscuro de la nada  
Obediente á su acento poderoso,  
Se recreaba en el secreto seno  
De su inmensa grandeza bienhadada ;  
Tal de gozo inefable tu profundo  
Pecho sentiste lleno,  
Al contemplar desde tu nave el mundo  
Del cual tú fuiste creador segundo.

¡ De qué súbito asombro y maravilla  
No se llenó el antiguo, á tu dichoso  
No esperado regreso !  
¡ De qué orgullo Castilla  
Que tu promesa, para el hombre insana,  
Cumplida así palpaba con exceso  
Y á quien de un mundo hiciste soberana !  
Sus mil sonantes bronce,  
En celebrar tan único suceso,  
Con labio ansioso, en otros hechos mudo,  
Cansó la pregonera Fama entonces,  
La Fama que por ti dilatar pudo  
En ámbito mayor tu excelso nombre,  
Sin que á tu nombre aun baste,  
Digno de más, el mundo que doblaste.

Y, así como en los bárbaros rigores  
De fortuna siniestra  
Lucieron tu constancia y sufrimiento,  
En medio de la dicha y los honores,

Diste de tu templanza heroica muestra;  
Que de la suerte al inconstante viento  
Las grandes almas, de la tuya hermanas,  
No obedecen livianas,  
Y de la vida en todas las fortunas  
Y vaivenes son unas;  
De escollo empinadísimo al estilo  
Que las ondas, ya mansas, ya furiosas,  
Encuentran siempre inmóvil y tranquilo  
Y á sus mudanzas mil indiferente;  
Así en el mar inmenso de las cosas,  
Ya en calma esté y sereno,  
Ó ya la tempestad turbe su seno,  
Ellas iguales son constantemente,  
Pues triple acero el corazón les viste,  
Y con igual semblante  
Las mudanzas sin fin universo  
Presencian; tal tú el mismo siempre fuiste,  
Superior igualmente  
Al próspero destino y al adverso.

Mas no tardaron los veloces años  
En darte sus usados desengaños,  
Y en olvidar los hombres tus inmensas  
Portentosas hazañas y altos hechos,  
É increíbles servicios celestiales  
Que no igualaran nunca recompensas;  
Malvados, viles, envidiosos pechos,  
Hombres no, pero monstruos infernales,  
Baldón de España y mengua,  
Cuyos nombres omite el labio mío,  
Porque no manchen, al pasar, mi lengua,  
En tu propia comarca y señorío

Tus venerables manos con esposas  
Ataron afrentosas,  
Y te hundieron en negra cárcel triste:  
¡Ay Dios! ¡quién lo creyera! ¡oh cruelhado!  
¡Inaudita maldad! ¿cómo pudiste,  
Justo cielo sagrado,  
Consentir tan horrenda alevosía?  
¿Cómo alumbrarla tú, dador del día?  
¡Y no ya en triunfo, cual la vez primera,  
Que eterno para ti durar debiera,  
Sino cual malhechor aherrojado  
Llegar á su ribera  
Te vió la ingrata indiferente Europa!

¡Cuál tu vivir fué entonces lastimero!  
¡Cuán triste y largamente  
De la amargura la colmada copa  
Apuraste paciente,  
Hasta que el mudo acero  
Cortó de Atropos tu vital estambre!  
Y ¡oh del siglo baldón no encarecido  
Gimió tu santa ancianidad sujeta  
Á las congojas de miseria y hambre;  
Y el más rico varón que el tiempo vido,  
De quien era el caudal medio planeta,  
Murió en tanta pobreza y desamparo  
Que casi se igualó con el mendigo,  
De la tierra desecho,  
Con quien hado enemigo  
Fué hasta en la muerte avaro  
De la veste postrera y postrer lecho!

Si, que en la baja esfera  
Do nos destierra el cielo soberano,  
Es la desdicha fiera  
Calidad de grandeza verdadera :  
Nada turbe tu paz, ¡ oh! Dios humano ;  
Que si tu mortal vida  
Fué por tantas desgracias afligida,  
Los ríos volverán á su alto origen,  
Cubrirá el mar del hombre la morada ;  
Del sol en torno sus antiguas vueltas  
Suspenderá la tierra, y todas sueltas  
De las eternas leyes que las rigen  
Y armoniosa danza concertada,  
Las altas ruedas, entre si revueltas,  
Chocarán como naos  
En mar alborotada ;  
Y tornará la creación al caos,  
Antes que la memoria jamás muera  
Del varón sin segundo  
Que acabar pudo la mayor hazaña  
Que ha visto la pasada ó ver espera  
La edad advenidera ;  
Sin cuyo numen y constancia extraña  
Aun estuviera despojado el mundo  
De su más bello, espléndido, fecundo,  
Rico y sublime y grande continente,  
Que la mitad del mundo ocupa solo ;  
Á quien, cual ancha faja, la cintura  
Ciñe la ardiente zona,  
Y un polo es de su frente alta corona  
Y estrado es de su planta el otro polo.

Y, si suyo también no fué tu nombre,  
Y así agraviarte quiso hado tirano,  
Ve su perverso intento salir vano,  
Pues ¿quién hay que con ira no se asombre  
Clamando : « ¿ El más injusto ciego olvido  
Y culpa de los hados y del hombre  
Es que el alto lugar inmerecido  
Usurpe en el moderno continente  
Al divino apellido  
De su descubridor, nombre que miente ? »  
Y así tu nombre brilla en él ausente  
Con doble resplandor esclarecido.

¡Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apiadas  
Preso y en suelo, como yo, extranjero!  
Mas yo pronto á las playas adoradas  
De mi dulce Perú volver espero,  
Y tú, blanco curioso á las miradas,  
Ausente morirás y prisionero.

Á UN CÓNDOR ENJAULADO

---

Un tiempo allá en el suelo americano  
Te aclamaba por rey la alada plebe,  
Y de los Andes la más alta nieve  
Atrás dejabas en tu vuelo ufano:

El espacio sin fin del aire vano  
Era tu imperio ; mas en cárcel breve  
Hoy en vano tus alas alza y mueve  
Tu no perdido instinto soberano.